EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 10.116

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 íd.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 íd.—La suscripcion empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 23 DE JULIO DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

ALAMBIQUES

Aparatos para alcoholes de 39 á 40º

Id. » aguardientes » 24 á 26º

Id. » anisados.

Alambiques aguardenteros con columna y boya de graduación, serpentín y depósito refrigerante.

Id. completos con baños maría, aros de bronce, serpentín y depósito.

Fabricación esmerada y precios muy económicos.

Prensas, azufradores, y cuanto concierne á la elaboración de vinos.

Camilo Pérez Lurbe.—Castellini 12.

PRO PATRIA.

Es un fenómeno triste, pero es un hecho positivo y ¿para qué ocultarlo? La opinión pública permanece, no diré indiferente en absoluto, pero sí muy apática ante las noticias de la guerra que, allá en las espesuras de la manigua, sostienen hijos ingratos de España, contra su propia madre y contra sus propios hermanos. Y apasionan más los incidentes del testamento falso, que las noticias de nuestras victorias y de nuestros descalabros, que de todo hay en la viña del Señor... Martínez Campos.

Y mientras aquí apenas se paran mientes en la guerra cubana, allá combaten con denuedo singularísimo contra el clima y contra los mambises nuestros soldados... Tengamos, en medio de nuestras indiferencias, un recuerdo compasivo, una memoria entusiástica para los héroes anónimos; para esos que no tienen nombre, para esos que no esperan recompensas. Los bravos coronel Bosch y General Santocildes murieron valientemente. Justo es que la prensa publique sus retratos y glorifique sus nombres prestigiosos... Pero sus familias quedan con un porvenir justamente asegurado, y llevarán siempre con orgullo el apellido sin mancha de aquéllos... A las familias de los pobres soldados no les queda pensión ni casi apellido. Y sin embargo, los héroes desconocidos, son, á las veces, los que deciden las batallas, más aún que los generales... La táctica mejor combinada sería estéril sin la valentía de los soldados. Para la toma de los Castillejos no fué necesaria la ciencia de O'Donell. Bastó el arrojo de Prim y de los voluntarios catalanes.

Acordémonos, sí, del que ya hemos convenido en llamar Juan Soldado, para conocerle de alguna... Acordémonos del que por mucho que se esfuerce en defensa de la patria, ni ha de pasar de sargento, ni ha de dejar medios de subsistencia á su familia. ¡Ese es el héroe!

CALIXTO BALLESTEROS

MICROSCOPICAS

EL TRAMVIA

Llevando en su interior preciada carga de hermosura, riqueza y juventud, partió hacia la playa la jardinera valenciana.

El sol ardía; la atmósfera caldeada se hacía irrespirable y las olas azules, que ya se divisaban, atraían con fuerza irresistible, convidando á sumergir en ellas el cuerpo fatigado por el calor.

Los pulmones se dilataban al aspirar la fresca brisa que iba llegando; los ojos se recreaban en aquel ir y venir del agua movible y la imaginación se recreaba pensando en las delicias del baño.

Un minuto más y los viajeros hubieran llegado á su destino; pero se retrasaron un minuto, ó se adelantó un minuto el tren y en lugar de viaje de placer resultó un viaje rápido á la eternidad.

Como ladrón que acecha en el recodo del camino al confiado transeunte, se echó encima el tren al cruzar la jardinera, y el ligero vehículo rodó empujado por fuerza satánica, quedando destrozado.

Y aquí queda tendido un hombre que calla con el silencio de la muerte; allá pone el grito en el cielo un herido infeliz; donde reinaba el placer reina el espanto y todos buscan y todos encuentran algo horrible que hiela la sangre.

[illegible] los desc[illegible] de las empresas de tramvías valencianos parécenos que la igualdad es un mito. Allí se toleran olvidos imperdonables; aquí pasa sobre la vía del ferrocarril el tramvía del barrio de Peral con todas las precauciones posibles. Allí nada, ni un guardabarrera ni un disco; aquí todo, discos, guardabarreras, puertas y teléfonos. Allí no hay garantía para la vida del viajero; aquí está sobrado garantida.

Más vale así; porque para tener siempre encima el peligro de morir arrollado por una locomotora sería preferible viajar á pié.

Pero debía ser igual en todas partes y no hubiera ocurrido el siniestro que ha llenado de espanto á la hermosa ciudad que baña el Turia.

RAUL.

TIJERETAZOS

Hay agentes de la autoridad que creen que les está permitido todo.

Dígalo si no el que ha sido suspenso de empleo y sueldo por el alcalde de Murcia.

El hombre vió unos chicos que infringían las ordenanzas municipales, bañándose en el río en traje de Adán, y tomando á los chicos por rebaño, los apedreó de lo lindo, haciéndole una herida en la cabeza al chico menor.

¡Un municipal apedreando gente!

Para esa ocupación sobra el sable.

Y es necesaria la honda.

Supone «La Correspondencia», que el haberse metido entre los insurrectos el general Martínez Campos puede ser un ardid de guerra.

Puede.

Lo que no admite duda es que es un disparate morrocotudo esa suposición del eco de la opinión y de la prensa.

—

Dice «El Tiempo»:

«Seguramente que no ha de dejar satisfecho al Gobierno, en poco ni en mucho, la defensa que hace «La Epoca» del *sartenazo* judicial del señor Romero Robledo.»

Cómo se va maleando el lenguaje.

Llamar *sartenazo* á una disposición ministerial.

Esto encanta y hace reir.

—

Un colega de Madrid publica una carta firmada por Tranquilino Paz.

—Hombre, bonachón—dirán ustedes, atendiendo al nombre y apellido del firmante de la carta.

Pues no hay tal.

Se trata de un cabecilla cubano levantado en armas.

Valiente influencia la del nombre sobre el individuo que lo lleva.

***

Sin embargo, ese señor Tranquilino Paz, que no es tranquilo y le gusta la guerra, le ha escrito lo siguiente á Máximo Gómez, que tampoco es máximo en cuanto á sentimientos nobles si no [illegible]:

«Déjanos en paz. Vete á Sto. Domingo, donde, si eres patriota, podrás hacer mucho en favor de tu patria.»

He ahí un [illegible] que distingue.

Le ha dado en la [illegible]riz que Máximo Gómez [illegible] y se lo dice.

Valiente situación la de Tranquilino Paz.

Si no coje Gómez lo fusila.

Y si lo coje Martínez Campos también.

NOTAS

El incendio de ayer

[illegible] hundía el sol en [illegible] cuando nos llegó la noticia. [illegible] fuego en la calle de la Gloria y [illegible] quemaba allí una casa.

Aunque siempre es cosa que llena de pavor el ánimo ver arder la morada de un vecino, no era esto lo más grave que sucedía ayer. Lo que apenaba, lo que llenaba el espíritu de miedos y horrores, era que en inmenso brasero encendido por la casualidad se quemaban seres humanos. Los primeros que llegaron oyeron gritos de angustia; alguien vió abalanzarse á una ventana y abrirla á una mujer que llevaba las ropas encendidas; pero allí estaban los hierros de la reja para cortarle el paso y la desdichada pereció allí mismo falta de un auxilio que no fue posible prestarla.

LA CASA INCENDIADA

Está situada en el cruce de las calles de Saura y la Gloria, formando la esquina NE. de dicho cruce y tiene el número 51 de la calle de Saura. Se compone de bajo y principal, habiendo instalada en la primera de aquellas habitaciones una carbonería, en la que también se vendía petróleo y teas.

Habitaban el piso superior dos señoras que por fortuna están en el campo. El cuarto bajo estaba ocupado por un matrimonio, el padre del marido y una niña, hija de un vecino del barrio de Santa Lucía.

COMO EMPEZÓ EL FUEGO

Hemos inquirido la causa del siniestro y el rumor público nos ha dicho lo siguiente:

Parece que la dueña de la carbonería dedicó la tarde de ayer al planchado de ropa, sorprendiéndola ocupada en esta tarea el incendio. Tal vez sopló la plancha para avivar la lumbre que contenía y posible es que en aquel momento saltara una chispa que cayera en alguna lata de petróleo y la incendiara; ello es que el fuego estalló y se extendió con una rapidez terrible; que comenzó á arder de pronto la cortina que daba sombra á la puerta, arrancándola de un tirón y tirándola á la calle el suegro de la desgraciada carbonera, huyendo aquél precipitadamente para ponerse en salvo.

La desgraciada mujer, obedeciendo al instinto de conservación, se dispuso á huir también; pero al llegar á la puerta recordó sin duda que dentro de la casa dejaba algo olvidado (dinero tal vez) y volviendo pasos atrás, se internó de nuevo en la habitación. Cuando después intentó salir no pudo conseguirlo: una densa cortina de llamas cubría la puerta; entonces, loca de terror y con las ropas encendidas, abrió una ventana pidiendo auxilio á través de la reja. Imposible dárselo; para arrancar los hierros se necesitaba mucho tiempo; además, al quedar libre el paso del aire por la ventana, las llamas se precipitaran al exterior y envolvieron el cuerpo de la infeliz mujer, que cayó dando gritos en el inmenso brasero.

La escena fué horrorosa; los que hayan oido los gritos desgarradores de la víctima los recordarán mucho tiempo y no lograrán arrojar de la mente la escena de horror que ayer presenciaron.

LOS BOMBEROS

Cuando á las seis y media de la tarde las campanas tocaban á rebato, extendiendo por la población la alarma, corrieron los bomberos al parque en bus-

apariencia, pero que sin embargo, instantáneamente congeló su sangre toda.

El aspecto de su sobrino, el papel que tenía en la mano (el diario de Sevilla), y el afán con que lo devoraba, el estado casi convulso en que le veía... ¿qué significaba todo esto?

Dominó, sin embargo, su naciente terror, y le dirigió á Carvajal con la mayor indiferencia su saludo matutino.

Cual si un cañonazo hubiera sido disparado á su oido, tal fué la impresión que sus acentos hicieron en el absorto jóven, que preso de aumentada agitación se levantó azorado de la silla, y lanzó insensiblemente un mal contenido grito.

Sin una palabra esplicatoria, solo con una acción significativa con la mano, señalando al diario que á la entrada del conde cayera de sus manos, y á la abierta carta que á su diestra yaciera, salió inmediatamente del cuarto y quedó el conde solo con su despertada conciencia.

Preso de un terror inesplicable, sus manos asieron el diario y su vista lo recorrió con ansioso miedo.

Un artículo, al parecer á sus ojos escrito con letras de sangre se le vino á la vista. Así decía:

«Un crimen espantoso ha sido cometido ayer en las imediaciones de la ciudad, que no tiene igual en la historia de los delitos; y que yo el firmante pro-

su culpable espíritu, ni un sueño de espanto ó pesadilla penosa, estorbó la placidez de sus ensueños, y la mañana lo vió, no solo tranquilo y sereno, feliz y orgulloso, cual siempre se sintiera y se mostrara, sino hasta olvidadizo de las ocurrencias del dia anterior, resuelto á no volver á hacer referencia á ellas.

Otra vez nos reunimos con él y Fernando Carvajal, en el sitio mismo donde el dia anterior los vimos desayunarse.

La hora la misma, la mesa en el mismo sitio, cubierta con los mismos libros y papeles públicos; la escena se reproducía por completo, solo sí, esceptuando la diferente espresión que en el semblante de Fernando se veía enteramente distinta á la que se notara el dia anterior.

Una palidez cadavérica cubría su semblante, una espresión de espanto casi le abría estraordinariamente los ojos, y una dureza para vez vista en su boca la marcaba. Sentado ante la mesa, sus manos sujetaban el papel, trémulas sosteniéndole con toda su fuerza, y á la par que sus ojos lo recorrían con afan, por momentos creciendo la escitación que su lectura parecía producirle.

Una carta abierta yacía á su diestra.

Tal era el espectáculo que á los ojos del conde se ofreció al presentarse en la galería, sencillo en la

elocuente espresó su fingido pesar en las frases mas persuasivas.

Fernando encerró en el santuario de su corazon todos sus sentimientos, acumulados y confusos, y no le dió espresión ni al mas insignificante que pudiera hacer referencia á sí.

Noble, grande, sublime, si del conjunto de los sentimientos concebidos en su alma, por la historia de este triste suceso, nació una renovada esperanza que infundiera nuevo aliento á su marchito amor, ni el hálito mas ligero de su voluntad le concedió el mas mínimo estímulo ó alimento.

Culpables no somos si de la materia inmunda nacen sentimientos malos, deseos desordenados, pasiones egoistas ó criminales, si heroica la voluntad rechaza su ministerio culpable, pues, no era Fernando Carvajal. Después de un breve rato fue su primer cuidado averiguar si la familia era conocedora del trágico acontecimiento.

—Casariva que hasta aquí me acompañó—fue la contestación del conde—ha sido por mí comisionado para imponer á Margarita de lo ocurrido. Precisamente á estas horas habrá cumplido su comisión, y presto le veremos venir á darme cuenta de su resultado, ó tal vez por escrito me informará de ello. Comprometidos igualmente conmigo ambos juzgándolo mejor permanecer en Sevilla, en la apariencia igno-